

Guillermina Cuevas o la poesía gótico-tropical

Engracia Licea Jiménez¹

Recientemente se rindió un homenaje a la poeta colimense Guillermina Cuevas, en el primer Festival Internacional de Poesía, Comala, Pueblo Blanco. Este hecho me ha cautivado y, por tanto, motivado, para dedicarle unas modestas líneas y sumarme también a esta merecida distinción.

La obra de Guillermina se defiende sola, debido al contraste de su dulzura y sus más enérgicas afirmaciones relampagueantes y llenas de congruencia a lo largo de toda su trayectoria como escritora. Además, ha sido también tallerista por muchos años en Colima, aportando, bajo su tutela, varias generaciones de poetas forjados con la suavidad y el rigor de sus enseñanzas y preceptos poéticos. Entre sus pupilos más destacados figuran nombres como los de Krishna Naranjo o Gabriel Govea, referentes literarios a nivel nacional en la actualidad.

Fue en esos talleres donde gravitaban las más entrañables anécdotas con poetas de su generación. Por el aire de sus recuerdos e improntas aparecían principalmente las figuras de Víctor Manuel Cárdenas y Marco Antonio Campos, compañeros de batallas y de íntima amistad en diferentes festivales y eventos poéticos que han marcado la literatura de Colima. Precisamente, en una recién visita de Marco Antonio Campos por el estado, el poeta de *Dime dónde, en qué país* recordó su gran deuda con Cuevas y con nuestra entidad: escribir un poema para esta tierra. Dicha posibilidad de escritura —argumentaba Campos— fue frustrada un día cuando entusiasmado se acercó al maestro Cárdenas para mostrarle su poema colimense, a lo que éste le advirtió: “no porque se mencione ‘palmera’ se sabe que se ha escrito un buen poema a Colima”, el resultado: el poema quedó destrozado por las manos de Campos y en un bote de basura.

Pero no así sucedió con nuestra poeta Guille, como le decimos cariñosamente, pues ha escrito, justo en ese dimensional paisaje colimense que emerge en sus versos musicales, la vivacidad de una vegetación de impecable y eterna fertilidad. En Guillermina Cuevas surge el poema a manera conversacional con miras a una epifanía. Dueña de una voz sutil, pareciera que por sus palabras se asoma una tímida observación del mundo, y en un instante, magistralmente, se torna en una reflexión profunda, recóndita, llena de una aguda afirmación irónica y, por si fuera poco, con sorprendente sentido del humor:

Y si me encierro a escribir,
si me alejo del mundo, si rechazo
la vida social, sus glamorosos rituales,
si vivo en la pobreza o en la austeridad,
si acepto que alguien pague mi escritura
y me abrigue y me alimente
¿me entrego al oficio o traiciono a la patria?

Asimismo, Guillermina Cuevas ha escrito narrativa y poesía con títulos como

¹ Poeta mexicana, México, ORCID iD 0000-0003-0544-8122, grace-licea@hotmail.com.

Piel de la memoria (1995), *Del fuego y sus fervores* (1996), *Apocryphal blues* (2003) y la última publicación del poemario *Musitante delirio* (2014). Justo en este último no he podido dejar de sentir cómo se erige una iglesia como la del Jardín de San José: pequeña, modesta, bajo un cielo intensamente azul, la blancura de sus bancas del jardín que lo rodea, una fuente salpicando las alas de las palomas, la verde vegetación que respira y nace insospechadamente por los rincones de cualquier muro.

He querido mencionar específicamente la iglesia de San José, porque se dice que su arquitectura es particularmente irrepetible en otro lugar del mundo, bautizándola como un monumento gótico-tropical. Creo sentir, entonces, con la poesía de Guillermina Cuevas, esa imagen matizada en cada verso del poemario, siempre presente en los ojos poéticos: la presencia del trópico colimense, con su delicada y profunda percepción de la vida que le acontece:

Vamos ya
larga distancia
(se llama así mi enredadera)
otro muro ha de sentir
tus verdes hojas
otra casa ajena
dormirá sin frío
con el abrigo que tejes
por las noches.

No está de más recordar cuando Miguel Galindo mencionó alguna vez que “el calor constante y elevado, la humedad que dificulta la transpiración, la atmósfera haciendo presión de catorce toneladas sobre el individuo, dan por resultado una cierta lasitud corporal, una pereza material e indolencia intelectual”. Si a esta descripción implacable de esta pequeña tierra sumamos los versos de Guillermina Cuevas, tendremos por respuesta la fuerza con la que al menos en este pueblo del suroeste mexicano se manifiesta la presencia de un Yo universal en la escritura. Un Yo universal que se alza a la luz del trópico, que dilata las pupilas y afecta la pronta maduración de las mujeres; un Yo universal que circula irremediabilmente en la despabilación masculina.

Finalmente, un Yo universal que inexorablemente pasa por estos fenómenos cotidianos imperceptibles a los ojos comunes, pero no a la mirada de los poetas locales. El poema anteriormente expuesto, presente en *Musitante delirio*, representa con una justicia digna y admirable esa humedad, esa indolencia intelectual de Guillermina Cuevas concluyendo contundentemente:

Si nos bastaba el amor, el juego
los frutos que los más osados cortaban,
si era tan fácil sentir el miedo y soñar,
expresar el gozo y sorprendernos
si era enorme el mundo,
infinito y azul el horizonte
si las sombras movían los corazones
si el dolor era un mal pequeño y pasajero
¿por qué ahora, bien vestidos, grandes, viejos
decentes a la sombra acostumbrados
vamos lánguidos, solemnes, abatidos?

Esa es la voz de nuestra tierra, la voz de nuestros poetas de este lado pequeño del costado de México, la voz de una de nuestras poetas fuertes, Guillermina Cuevas.